

Y volvió de nuevo á su labor no terminada.

Pero el niño fastidiado con la lluvia pensaba, inquieto, en los Reyes Magos. ¿Se intimidarían por el tiempo? ¿No había ningún paje ó servidor con un paraguas? Porque no cabía en aquella cabecita que no hubiese regalos por tan poco. Sin embargo, la duda de la madre inquietaba al chiquitín.

"...¿Tú crees que vendrán?..."

"No lo sé, depende del tiempo", volvió á decir la madre, suspirando.

En aquel momento la luz de un relámpago iluminó la estancia sacudiendo los cristales mojados por la lluvia.

"¡Jesús!" exclamó María Dolores.

Un escalofrío pasó por su cuerpo y se llevó las manos á la cara cubriéndose los ojos y moviendo los labios como si murmurara una plegaria. De las manos soltó su labor que se escurrió sobre la falda hasta llegar al suelo, y el gato negro, junto á su silla, se levantó, erizándose al sentir la tempestad que le escamaba.

El niño, que desde su asiento había mirado fijamente la ventana vió á su madre abatida y fué hacia ella diciendo:

"¿Qué pasa, mamá?... Di... ¿Crees que no vendrán?..."

La madre levantó la cabeza y miró al hijo. En su rostro más palido que de costumbre se dibujó una sonrisa al oír la pregunta infantil y su mirada, reflejando amor, se fijó sobre el niño que de impulso abrió los brazos envolviendo su cuello en un abrazo. Ella lo estrechó en los suyos, cubriendo de besos su carita de ángel, su único tesoro en esta tierra, y en aquel abrazo hizo, interiormente, una plegaria al cielo porque las penas no cayesen sobre aquella cabecita rubia, porque Dios le conservara la inocencia del mal y la fe, el remedio espiritual de los pobres contra la adversidad y le hiciese feliz, aunque pobre en bienes temporales...

Ella seguía su plegaria y él sonreía de ilusión.

"¿Verdad que vendrán?... ¿Verdad que sí?... ¿Dí?..."

"Quizá... si mejora el tiempo".

"¿Si para de llover?..."

"Si para; si no, puede que no vengan" observó su madre suavemente.

"¡Oh!... ¿Por qué?..."

"No sé... Porque no querrán salir con este tiempo... pero, ¿qué te pasó?... ¡Angelín!..."

El niño abría los ojos llenos de lágrimas y sus labios temblaban anunciando el torrente venidero.

"Cref... cref que venían... siem... siempre..." balbuceó su vocecita entrecortada.

"¡Pero, Angelín! ¡hijo mío!... si no he dicho nada.

¡Vamos!... ¿Vas á llorar á tu edad?... Entonces sí que no vienen los Reyes... ¡Anda! sécate esas lágrimas porque si saben los Reyes que has llorado, entonces sí que no vienen..."

Angelito hizo un supremo esfuerzo conteniendo sus lágrimas y temiendo que los Reyes llegaran á enterarse de su llanto apretó los dientes, cerrando la boca temblorosa y quedó muy quietecito hasta llegar á dominarse.

"¡Vamos!... Buen chico... ¿ves? Ya se ha pasado..." dijo la madre acariciándole. "Un hombre como tú no llora, suceda lo que suceda".

Miróla el niño, aun dudoso de la visita regia, secándose las lágrimas, y rompió á hablar de nuevo.

"...Pero, dí, mamá... ¿Tú los has visto?..."

"...¿A quiénes?..."

"A los Reyes..."

"...Nunca... si se les ve entonces ya no vienen. ¿Ves tú?... No hay que tratar de verlos, porque entonces huyen".

"...¡Ah!..." suspiró Angelito, resignado.

Mas de pronto se iluminó su faz, reflejando una ocurrencia nueva.

"...¿Y si nadie los ha visto, ¿cómo saben cuántos son?..."

"Sí los han visto" contestó la madre siguiendo su labor.

"Los han visto otras personas... Los vió el niño Jesús cuando fueron á adorarle en el establo de Belén. El niño Jesús tuvo regalos porque no los pidió, y ya ves cómo le buscaron, guiados por la estrella..."

El niño miró á la ventana, no se veía ninguna estrella. La noche seguía tempestuosa y los cristales temblaban aún bajo la lluvia. Angelito, entristecido, pensaba en las estrellas ocultas, en la lluvia que impedía la excursión de los Magos, en los regalos mojados, estropeados... Recordó la prohibición de verlos y al Niño Jesús que tuvo regalos porque no los quiso. "Yo tampoco los quiero" dijo interiormente, tratando de engañarse... "si los quiero no vendrán"...

Los ojos, cansados, se cerraron, á la luz de la lámpara que iluminaba el rostro. La voz de la madre contaba despacio, cómo los Reyes de Oriente vinieron al humilde establo á adorar al Salvador del mundo, ofreciéndole regalos de oro y pedrería; cómo el Angel del Señor lo anunció á los pastores que también vinieron á adorarle.

Angel veía á su madre, junto á la lámpara veía el gato negro con sus ojos de esmeralda, oía rugir el viento alejando á los Reyes de Oriente, llegaba con ellos al establo todo iluminado como un nacimiento... Allí estaban San José, la Virgen y el Niño sonriendo en su cunita...